

—¿Pero qué puede hacer ese jóven?

—Mucho, tal vez tanto como nosotros, porque parece muy activo, muy emprendedor y muy valiente.

—Está bien, ¿y despues?

—Despues, nosotros reuniremos primero un número considerable de gente cadaz de resistir á las fuerzas del intendente y obligarlas á seguir nuestra bandera, alarmarémos á todos los indios de la poblacion que se unirán á mí y harán lo que les diga, estoy seguro, porque me aman, y al amanecer nos dirigiremos á Celaya y de allí á Guanajuato.

—Pero don Miguel, ahora que sabe vd. que no lo he de abandonar jamas, me atrevo á preguntarle, ¿está vd. acaso loco? ¿quiere vd. marchar sobre Guanajuato, cuando no contamos ni con un cañon, ni con un arcabuz, ni con una espada siquiera.

—Dios armará nuestro brazo para defender la causa de la justicia, dijo el anciano alzando sus ojos al cielo con espresion de confianza y enternecimiento.

—Está bien, ¿debo despertar á Allende?

—Sí, en esa pieza reposa, adviértale vd. capitan, lo que pasó y lo que hemos pensado últimamente: él me ha hecho hace un momento un juramento igual al que vd.; mi leal amigo, acaba de hacer.

Aldama salió á ejecutar lo que se le mandaba.

—¡Oh! Madre y Señora mia, dijo Hidalgo dejándose caer de rodillas al pié de la imágen de Guadalupe que condecoraba y amparaba aquella pobre estancia, ¿quién sabe lo que va á pasar dentro de poco tiempo? tal vez va á realizarse ese pensamiento que hace tanto tiempo dormita en mi mente. Yo me amparo ¡Madre mia! con vuestra proteccion y os juro no apartarme jamás de los santos preceptos de la justicia y la religion, comprendo que debo á morir antes de ver felices á mis hermanos: pero entonces, aunque la calumnia ultraje mi memoria, vos ¡Madre mia! qué habeis visto mis dudas, mis temores y mis esperanzas, sabreis que mi intencion ha sido pura y me amparareis á la hora de la muerte. Yo os nombro patrona de la santa causa que proclamo.

Y el cura besó humildemente las plantas de la vírgen de Guadalupe.

X.

DE COMO FUE INTERRUMPIDO GIL GOMEZ EN MEDIO DE SU SUEÑO, PARA CONTRIBUIR SIN SABERLO A LA INDEPENDENCIA DE LA NUEVA-ESPAÑA.

Hacia solamente un cuarto de hora que Gil Gomez dormia, aunque ya profundamente, comenzando á soñar que ya distinguia en el camino á Fernando, acompañado por el venerable sacerdote que con tanto cariño le habia curado y dado hospitalidad, y el bravo y franco capitan que estuvo á pique de impedirle correr mas, cuando fué interrumpido en medio de su sueño, por éste, que le sacudia rudamente diciéndole en alta voz:

—Ea, jóven, fuerza es levantarse.

—¿Qué hay? murmuró Gil Gomez despertando sobresaltado á la voz de Aldama, ¿qué hay, Fernando? si vieras por alcanzarte de lo que he escapado hace poco.

—Que Fernando, ni qué peligro, dijo sonriendo Aldama, vamos, jóven, acabe vd. de despertar.

—¡Ah! ¿es vd., capitan? dijo Gil Gomez reconociendo la voz que le hablaba.

—Sí, yo soy, amigo mio, levántese vd. presto.

—¿Pues qué es lo que pasa? preguntó el jóven sorprendido.

—El señor cura don Miguel, necesita inmediatamente de sus servicios, y me envía á rogarle á vd. que vaya sin pérdida de tiempo á su presencia.

—Voy inmediatamente, dijo el jóven abandonando sin sentimiento el lecho que acababa de brindarle un reposo tan fugitivo, y dirigiéndose al cabo de un momento que tardó en arreglarse, ante la presencia del cura.

Este meditaba con la cabeza entre las manos y de codos sobre la mesa; al ruido que produjo el jóven en la puerta, se levantó haciéndole seña de acercarse.

Gil Gomez se aproximó con tímido respeto al anciano.

—Jóven, dijo éste mirándolo fijamente á la cara con aquella mirada profunda y pensadora que hacia poco lo habia conmovido, va vd. á prestar en este momento un servicio eminente á la patria y á la causa de la justicia y la religion.

—No comprendo, murmuró el asombrado jóven.

—¿Lo hará vd. cuando yo se lo suplico?

—Lo haré, señor, si es que está en mi mano.

—Pero antes, dígame vd. con franqueza ¿qué hacia en medio de las calles á horas tan avanzadas de la noche y á donde se dirigia? interrogó el cura con acento paternal.

—Señor, me dirigia á San Miguel el Grande para unirme con un hermano que ha sido destinado á las milicias de ese pueblo y lejos del cual me es imposible absolutamente vivir.

El anciano se sonrió encantado de aquella candorosa franqueza.

—Está bien, yo le prometo á vd. solemnemente, jóven, que mañana á estas horas, si yo no he muerto, se encontrará en San Miguel el Grande, dijo Hidalgo.

—¿Mañana á estas horas, si vd. no ha muerto? ciertamente no comprendo la coincidencia, murmuró Gil Gomez con asombro.

—Pronto sabrá vd. por lo que lo digo; pero antes exijo su promesa de ejecutar fielmente lo que yo ordene.

—Aunque mis servicios no tuvieran una recompensa tan grata, los prestaria gustoso al caritativo sacerdote que con tanto amor y cariño me ha recibido en su casa esta noche, respondió

Gil Gomez con una esactitud de buen soldado de que nuestros lectores que hasta aquí solo han mirado en él un niño voluntarioso y travieso, sin mas sentimiento desarrollado que su amor á Fernando, le hubieran creído indigno, si ignorasen cuanto avalloran los sentimientos, las impresiones profundas que sobre algunos corazones ejercen algunos hombres y las circunstancias solemnes y difíciles de la vida. El jóven, en efecto, habia amado al verle á aquel anciano y ahora este le pedía un servicio muy importante segun parecia, servicio que por otra parte le recompensaba prometiéndole no impedir su viaje y aquella union con su hermano tan deseada. Ademas, es demasiado lisonjero para un jóven verse solicitado por un anciano.

—Está bien, jóven, yo hago á vd., independientemente de esta, otra promesa.

—¿Cuál promesa? señor.

—Dentro de pocas horas será vd. nombrado capitán de una compañía en las milicias de San Miguel el Grande.

A estas palabras, Gil Gomez no pudo menos de perder su gravedad, dando un salto y estrechando entre sus brazos á Hidalgo al mismo tiempo que le decia:

—¡Oh! señor, ¿no es una chanza lo que está vd. diciendo? ¿será cierto que en lo sucesivo podré vivir en compañía de mi hermano? ¡gracias! mil gracias, el Señor le recompense á vd. tanta bondad hácia mí.

—Pero antes de eso, continuó Hidalgo sonriendo del juvenil entusiasmo de Gil Gomez, necesito de vd. un juramento y una promesa bastante solemnes.

—Aunque espusiese mi vida á un riesgo espantoso, juraria cuanto vd. desee, señor.

—Jóven, es vd. demasiado niño todavía para comprender el tamaño de la empresa á que me lanzo; pero si bien no puede ser la cabeza que piensa y dirige, sea vd. al menos el brazo que ejecuta. Yo le aseguro que no será un ciego instrumento del crimen ni de venganzas villanas; por el contrario, defiende vd. la causa de la patria, de la religion y de la justicia, dijo Hidalgo con acento de solemnidad.

—Así lo creo, señor, porque todo en vd. me lo está revelando, ¿cuál es ese juramento?

—Arrodílese vd. delante de esa imagen de Nuestra Señora de Guadalupe, dijo Hidalgo.

Gil Gomez ejecutó con una devoción de niño lo que se le mandaba.

—¿Jura vd. defender la santa causa de la Independencia de la Nueva-España, contra los tiranos europeos que la esclavizan?

—Sí juro.

—¿Jura vd. obrar siempre de acuerdo con los sentimientos de la religion, la fraternidad y la justicia? continuó el anciano con su misma solemnidad.

—Lo juro con todo mi corazón, exclamó el joven.

—Pues ahora, levántese vd., porque desde este momento pertenece completamente á la causa de los americanos.

—¿Qué debo hacer? preguntó Gil Gomez respetuosamente poniéndose de pié.

—Alarmar á los habitantes de este pueblo y hacer que antes de una hora se encuentren reunidos en la plaza.

Era tan árdua la empresa, que Gil Gomez no pudo menos de hacer una exclamación de sorpresa; pero reflexionando que ya no era tiempo de retroceder, y pensando en su juramento, pudo aparentar indiferencia y decir, aunque en voz baja, inclinándose respetuosamente en señal de obediencia.

—Se hará así y dentro de una hora los habitantes estarán reunidos en la plaza del pueblo de Dolores: ¿hay algo más?

—No; basta eso solamente.

—¿Se me permite usar de cualquier medio para conseguirlo? interrogó el joven con su mismo respeto, al cabo de un momento de reflexion.

—Puede vd. usar de todos los medios que le parezcan necesario, en el concepto que habrá procedido con arreglo á su comision, le respondió Hidalgo.

Gil Gomez se inclinó profundamente y salió de la sala á tiempo que Aldama y otro capitán, que segun sabemos ya, era don Ignacio Allende, entraban á ella perfectamente armados y como dispuestos á entrar en campaña si era posible.

Dejémosles obrar por su lado y sigamos á Gil Gomez, que despues de haberse ceñido su mohosa espada y sus clásicas pistolas, salió á la calle para alarmar á los habitantes del pueblo de Dolores.

Daban las dos de la mañana en el reloj de la parroquia, y ¿cosa estraña! este ruido de la campana despertó al joven de la meditacion en que habia caido, pensando cómo poner en planta tan árdua empresa y con tal premura de tiempo.

Pero él era hombre de recursos como sabemos, y no podian faltarle ahora que se trataba de una capitania nada menos, así es que casi á tientas, guiándose por las paredes se acercó á la torre cuya sombra cercana se veia destacarse sobre el resto de los edificios, y cuya puerta encontró abierta como si el cielo favoreciese sus proyectos.

Comenzó una ascension demasiado peligrosa, murmurando:

—¡Ah! señor Gil Gomez, creo que se acerca vd. á la capitania y á su hermano Fernando,

Luego que hubo llegado al término de su aereonáutica carrera, ató fuertemente, formando un solo haz las cuerdas que terminaban los badajos de todas las campanas y reuniendo todas sus fuerzas en una impulsión suprema, comenzó el repique mas desesperado y mas desacorde que los habitantes de Dolores habian podido oír en aquellas horas tan desusadas.

Como un cuarto de hora campaneó sin fatigarse, abriendo sus brazos exajeradamente, corriendo de un lugar á otro de la torre, valiéndose de cada uno de sus dedos como si fuesen otras tantas manos, de sus dientes y hasta de sus uñas; pero sin observar un efecto notable que le indicase cesar. Por fin, al cabo de un rato comenzaron á brillar algunas luces detrás de las ventanas, algunas caras tímidas de soñolientos vecinos se asomaron á ellas, interrogando al silencio de las calles la causa que producía aquel escándalo y aquel campaneó tan terrible y tan desusado. Cuando Gil Gomez comenzó á notar los efectos de su repique, comprendió que era necesario rematar la obra y mientras que con una mano continuaba haciendo gemir á las campanas, con la otra disparó sus dos pistolas sucesivamente dejando de intervalo entre cada tiro dos minutos. Esta vez sí, la curiosidad llegando

á su colmo, estalló completamente, y desde su altura el jóven sin dejar de repicar, pudo notar movimiento de luces que iban y venían precipitadamente en todas direcciones, oyó voces y gritos de alarma, notó grupos que comenzaban á formarse en la plaza, llegaron tambien á sus oídos tres ó cuatros disparos de armas de fuego y así que se satisfizo completamente del buen éxito de su plan, bajó precipitadamente á riesgo de una caída evidentemente mortal, corriendo á mezclarse con esos grupos que mas notablemente se habían formado delante del curato. Ya ni tuvo necesidad de mas, porque en aquel momento, Hidalgo, acompañado de los capitanes Allende y Aldama, les arengaba con las siguientes palabras:

—Os he llamado, hijos míos, para haceros saber que he pensado sacudir el yugo que pesa sobre vosotros hace tres siglos. De hoy en mas, si la vírgen de Guadalupe ampara nuestra causa, saldremos de ese estado terrible de esclavitud en que hasta aquí hemos vivido. Decid conmigo: ¡Viva la América! ¡Viva la vírgen de Guadalupe!

Hidalgo pudo escuchar, dominando los gritos de entusiasmo que acogían sus palabras, uno de él ya conocido que exclamaba tambien: ¡Viva la América! ¡Viva la vírgen de Guadalupe! ¡Viva el cura Hidalgo! ¡Viva el capitán Aldama!

—¡Y ahora qué debo hacer? dijo el jóven al oído del cura, acercándose á él, no sin algun trabajo.

—Correr al cuartel del regimiento de la reina, reunir y armar los soldados que allí hay, ponerse á la cabeza de ellos y volver aquí.

—¡Diablo! esto si es un poco mas difícil, murmuró el jóven confundiéndose entre la multitud que victoreaba á Hidalgo y corriendo al cuartel despues de haberse informado hácia que parte se hallaba, á fin de ejecutar lo que se había mandado.

Pero debió emplear una lógica muy elocuente, porque en vez de ser fusilado como en sus adentros había temido, un cuarto de hora despues volvía á la cabeza de un grupo de cerca de doscientos soldados armados de espadas y arcabuces, que exclamaban con entusiasmo: ¡Viva la América! ¡Viva Nuestra Señora de

Guadalupe! ¡Viva el cura Hidalgo! y se ponía á la disposición de éste, preguntando con su mismo acento respetuoso:

—¿Hay algo mas que hacer?

—Sí, bravo jóven, darme un abrazo y colocar sobre esos hombros dos divisas de capitán, respondió el anciano estrechándole paternal y afectuosamente entre sus brazos.

Cuando los soldados del intendente llegaron á ejecutar su órden, ya era tarde, porque el pueblo de Dolores presentaba el aspecto imponente de un campo de batalla, y sea de grado, sea por fuerza, se adhirieron al plan que se acababa de proclamar.

Dos horas despues, una masa de hombres armada de espadas, fusiles, palos y aun flechas, á cuya cabeza marchaban Hidalgo, Allende y Aldama a su lado, y cuya marcha abría Gil Gomez conduciendo un estandarte en cuya estremidad se ostentaba un cuadro pequeño que representaba una imágen de la vírgen de Guadalupe, se dirigía hácia San Miguel el Grande poblado el aire con los gritos de ¡Viva la América! ¡Viva el cura Hidalgo! ¡Mueran los españoles!

¿A dónde vas, huracán humano, rugiendo como si se aproximase la tempestad? ¿Piensas acaso derribar el sólido edificio de una dominación de tres siglos? Detente, ¡por Dios! que es empresa inútil, que solo en la imaginación de un bécil anciano febricitante ha podido nacer y desarrollarse: ¡detente! porque te opondrán por valladar la crueldad y un mural de pechos humanos henchidos de orgullo, de rencor, respirando el odio de tirano ofendido. Detente, que te aguardan las tropas llenas de recursos de que tú careces y la inquisición con sus sombras y martirios. Mas no, ¡paso á la libertad! ¡paso á la regeneración! ¡atrás! ¡atrás la dominación y las viejas preocupaciones! ¡Ay! de vosotros, flores impuras de la monarquía, si creéis embriagar con vuestros falsos perfumes á esa avalancha de hombres que avanza y mas avanza destruyendo cuanto intenta detener su paso de gigante. ¿Qué, son estos acaso aquellos indios tímidos, que inclinaban humildes y resignados su frente á la tierra al sentir el látigo sobre sus espaldas? ¿Son aquellos que se humillaban cuando pasábais cerca de ellos con la mirada altanera, con la frente erguida, con la sonrisa del desprecio, insultando con vuestros

tro lujo su miseria, escarneciendo con vuestra nobleza de favoritismo y de crimen, su nobleza de mérito y de raza. Ya veis como esa humildad y esa resignacion eran fingidas por la impotencia, ya veis como esa humillacion era de la vergüenza de su afrenta: Miradlos, cada hombre es un coloso, miradlos rugir enfurecidos al recuerdo de sus afrentas, miradlos moverse como impulsados por un resorte, á la débil voz de un trémulo anciano, que ha comprado gustoso con su vida el noble orgullo de proferir una palabra, que hace tres siglos no se proferia en el Anáhuac; pero esa palabra no se borrará ya de los corazones que la han escuchado, aunque su nombre se borre del catálogo de los vivos, porque la música de esa palabra ha llegado al abismo de las dolientes almas esclavas, como el dudoso, pero vivificador rayo de sol, que penetra al través de las estrechas ventanas de la prision, calentar los ateridos miembros del pobre prisionero.

Por todas las haciendas y aldeas que aquella reunion de hombres atravesaba, se le unian nuevos combatientes armados de palos, flechas y hondas, pero rejuvenecidos, alentados por aquel grito supremo de ¡Viva la vírgen de Guadalupe! ¡Muéran los españoles!

El ejército naciente dejó atrás el santuario de Atotonilco llegando al anochecer á San Miguel el Grande, que los recibió con los brazos abiertos, uniéndoseles allí todo el regimiento de caballería de la reina, del cual, como ya sabemos, eran capitanes Allende, Aldama, y ademas Abasolo. Los vecinos que veian alegres desfilan por las calles á aquel ejército, á quien victoreaban, podian notar á un jóven alto, flaco, de cara traviesa, conduciendo un estandarte con una imágen de la vírgen de Guadalupe y gritando con toda la fuerza de sus pulmones ¡Viva el cura Hidalgo! ¡Viva el regimiento de la reina! ¡Mueran los españoles!

Pero cuando la multitud que obstruia las calles se hubo disipado, si algun curioso le hubiese seguido, le habria observado correr al cuartel de los dragones de la reina, recorrer todas las casas de los soldados, preguntar á cuantos encontraba si aun no habia llegado el teniente don Fernando de Gomez, y al oír una respuesta negativa, correr con desesperacion para hacer la mis-

ma pregunta en todos los mesones y una gran parte de las casas del pueblo, sollozando casi al oír en todas partes la misma negativa respuesta. A la media noche se retiraba á su cuartel, disculpándose de su ausencia diciendo que habia trabajado en asuntos del servicio y se dejaba caer sobre un banco exclamando con desconsuelo:

—¡Ah! no ha llegado aun, y tal vez con lo que aquí ha pasado ya no venga. Mas ¡qué haré entonces, Dios mío!

Pero como á los veinte años la naturaleza impera siempre sobre el sentimiento, no tardó en quedarse profundamente dormido, á pesar de la grita y estruendo que armaban los improvisados soldados del cura Hidalgo.

Cuatro dias despues, el ejército libertador, considerablemente engrosadas sus filas por hombres de los campos y por los soldados de las guarniciones de las aldeas, se presentaba delante de Celaya; pero como esta villa aparecia con un aspecto algo hostil porque en las torres y edificios elevados se veian grupos de soldados. Hidalgo entró en conferencia con los capitanes Allende y Aldama, que habian sido elevados por él al rango de tenientes coroneles, á fin de determinar lo que se debia hacer para evitar una matanza terrible que podian verificar los soldados en una villa rebelde á recibirlos, que por muchos esfuerzos que hiciese para resistir, no podia dejar de sucumbir al número.

Se determinó hacer una intimacion que amedrentase á los vecinos y los hiciese rendirse pacíficamente, aunque tal vez no se tuviese intencion de cumplir las amenazas que en ella se hiciesen.

Por consiguiente, Gil Gomez, en su calidad de capitan de confianza y secretario, fué llamado á la presencia de los jefes, adonde escribió la siguiente intimacion que le dictó Hidalgo y que hemos copiado fielmente del original.

INTIMACION AL AYUNTAMIENTO DE CELAYA.

“Nos hemos acercado á esta ciudad con el objeto de asegurar las personas de todos los españoles europeos: si se entregan á discrecion serán tratadas sus personas con humanidad; pero si

por el contrario, se hiciese resistencia por su parte, y se mandara hacer fuego contra nosotros, se tratarán con todo el rigor que corresponde á su resistencia.

“Dios guarde á vdes. muchos años.

“Campo de batalla.—Setiembre 19 de 1810.—MIGUEL HIDALGO Y COSTILLA.—IGNACIO DE ALLENDE, &c.”

—¿Qué os parece la intimación? señores, interrogó Hidalgo á los jefes.

—Creo, observó Aldama, que es poca cosa la amenaza que se les hace y que se debería añadir otra, que los amedrente mas.

—¿Cuál es?

—La de pasar por las armas á los europeos que traemos prisioneros, si es que piensan resistir.

—Pero, don Juan, eso es terrible y no me puedo resolver á semejante cosa, observó Hidalgo, que odiaba la crueldad.

—¿Es acaso cierto que lo vaya vd. á ejecutar?

—Pero una mentira insubordinará á nuestro ejército, que lo que mas necesita es la moralidad y la disciplina.

—Pero puede tambien evitar la efusion de sangre.

—Dice vd. bien, don Juan, eso sobre todo, dijo Hidalgo, que ara gran general tenia el defecto de ser demasiado humano, dando hasta su último momento la benevolencia del sacerdote.

Y despues de reflexionar un momento, añadió á la intimación las siguientes palabras que Gil Gomez escribió:

“Postdata.—En el mismo momento que se mande dar fuego contra nuestra gente, serán pasados por las armas setenta y ocho europeos que traemos á nuestra disposicion. Hidalgo, Allende, Aldama.

“Señores del ayuntamiento de Celaya.”

Hidalgo mandó venir á su presencia á todos los oficiales del nuevo ejército para hacerles saber la disposicion tomada. Pero se trataba de lo mas importante, de hacer llegar aquella intimación á la ciudad que tan hostil parecia mostrarse.

Era tan atrevida la comision, corria tan grave peligro de ser fusilado sin piedad el que se encargase de ella, que no pudo menos de notarse un movimiento de irresolucion entre los oficiales, á quienes la insinuacion parecia dirigirse mas directamente.

Hidalgo lo notó, pero antes de verse obligado á nombrar tal vez uno que la desempeñase, salió de entre el grupo un jóven que en él se habia confundido y dijo inclinándose respetuosamente.

—Yo suplico que se me conceda el honor de encargarme de esa importante comision.

—Está bien, señor capitan Gil Gomez, se concede á vd. lo que solicita en atencion á los méritos y servicios que ha prestado por su valor y actividad á la santa causa de la libertad, respondió Hidalgo con la gravedad de un jefe; pero sintiendo impulsos de estrechar contra su corazon, á aquel jóven tan noble y tan desinteresado, que parecia destinado por el cielo, para salvarle en los lances mas difíciles, haciendo gustoso el sacrificio de su vida.

Gil Gomez salió para ejecutar su peligrosa comision, murmurando:

—Tal vez Fernando, no queriendo adherirse á nuestra causa, se encuentra entre los soldados que defienden al virey, y entonces podré estrecharlo entre mis brazos y acaso persuadirlo á unirse con nosotros.

Y el jóven recalca la pronunciacion sobre la palabra “nosotros,” con una sonrisita de orgullo y satisfaccion muy disculpable á su edad, por la prueba de confianza con que se veia honrado.

Pero mucho debió amedrentar á los habitantes de Celaya la intimación del cura Hidalgo, porque al momento depusieron su aspecto hostil y la ciudad fué ocupada en buen orden por las tropas americanas.